

La Semana Veterinaria

Boletín profesional de la Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias

Director: F. Gordón Ordás

Dirección de la correspondencia:
Apartado de Correos n.º 630.—Madrid

Año I

Núm. 7

Sábado, 19 de Mayo de 1917

La suscripción anual a este Boletín cuesta 5 pesetas. Cada número suelto 15 céntimos

Las suscripciones anuales empiezan siempre a contarse desde el día 1.º de abril; pero se admiten suscripciones en toda época, desquitando 10 céntimos por cada número que vaya publicado desde que empezó la anualidad

Cuestiones generales

La herradura es la causa de nuestra decadencia intelectual, moral y social.—Ya hace mucho tiempo que me llamó la atención el hecho de que la herradura fuera el único sostén, protección y auxilio del veterinario. Como también que su gran ciencia comparada y experimental de explotación y expansión, estuviera sometida a la depresión por insuficiencia en sus medios defensivos. El insolente poder del adversario, que postergó sus aspiraciones, y los que se llamaron sus protectores y maestros, que nunca vieron más que hierro a granel para redimirle, fueron causa de su decadencia, y de que sufriera el atraso que engendró su estupor, símbolo de torpeza notable en comprender su vasto campo de acción. De aquí, sus discípulos fueran reminiscencia de su adivinación supersticiosa como presagio y estirpe de sus lecciones y costumbres. Fija su atención en la herradura como inmola-ción de su egoísmo individual, quedóse reducida su simple cultura a ponerla con arte, y a curar con destreza las enfermedades de la clínica clásica. Estos profesores, con el mote de herradores y maestros que nuestro público bautizó, y que, en la actualidad estamos sometidos a semejante lenguaje, provocado por gente inculta y molesta que no ve más que la tradición y costumbres del pueblo, fueron los que degeneraron en humildad y sembraron con tijeras las ciencias pecuarias, que, sometidas a manipulaciones poco decorosas, engendró el vituperio, baldón u oprobio en todos sus derechos. Sus peticiones eran desairadas y nada correspondidas, su intelectualidad escasa y nada provechosa por la vida raquítica del erario público, la sociedad en sí, no veía más que al herrador lleno de paciencia y modestia sin límites, con las manos llenas de callos, haciendo una guerra al cerebro cual si fuera su mayor enemigo.

De esta cantera de inmoralidades, salieron varias generaciones de veterinarios, que transmitieron a sus sucesores las propiedades y cualidades que poseían, los cuales, sin lucidez ni conocimiento, ni equidad en el juicio, ni justicia en la aspiración, siguieron siendo demole-dores y escépticos de su ciencia, sin poder evitar el riesgo de una de-

gración irreparable. ¿Cuál fué la causa de tantas desdichas y deslealtad entre aquellos compañeros que no conocieron la soberanía de su ciencia? ¡La herradura! Esta fué, ha sido y será la angustia, la desnudez deleznable de la Veterinaria.

No solo nuestra Etnología rural sufrió el menosprecio y el baldón de su dignidad perdida, sino nuestra literatura profesional, pobre y sin energías, sufría el desdoro de sus derechos hollados por el orgullo de las demás clases que en ciencia o literatura blasonaban de hacer ostentación de su valía para alabanza de su propia misión. La Veterinaria motejada, como el residuo de lo que no se puede o no es fácil aprovechar o deja de aprovecharse por descuido, yacía sin reacción ni esperanza por no haber dentro de su vasta ciencia un Izcara, un Turró, un Gallego, un Molina, un Baselga, un Galán, un Alarcón, un Ravetllat, un López, un Medina etc., etc. ¿Causa de todos estos infortunios quien fué? ¡La herradura! Por este concepto abstracto y absurdo, transmitido sin ilusión a aquellos veterinarios de herradura y martillo, impotentes para desarmar a la opinión pública de la perfidia constante de que era objeto esta ciencia, quedó postergada a sufrir el atraso y las mil privaciones que la ironía insaciable de sus enemigos ejecutaban, por el concepto de inferioridad en que la tenían por considerarla provista de un solo atributo.

Este rompimiento de hostilidades que la intelectualidad hizo por sacar triunfante su ambición, como los que luchan por sacar ileso el honor, creó a la Veterinaria destemplanzas, desarreglos peligrosos y demás inquietudes a que este ambiente predispone. Aquí los profesores que se dedican a esta ciencia, dan rienda suelta a sus caprichos, luchan con grandes bajezas dentro de su seno familiar y se entregan a toda clase de violaciones que deslucen sus apariencias. ¿Causa de todos estos desvaríos quien fué? ¡La herradura!

¿Se les podía exigir a estos profesores moralidad en el exacto cumplimiento de su deber? No. Las nociones de bien y de mal, como resultado de las ideas que se tienen sobre nuestras relaciones con los demás individuos de nuestra especie, están ligadas y sujetas al medio ambiente de educación y hábito que engendra las acciones lícitas o ilícitas. De aquí la moralidad de aquellos y otros muchos veterinarios estuviera en litigio, resultando del pleito constante en la Incha por el único sostén de su existencia, cual era la herradura. Su estado de ánimo, derivado de las emociones y pasiones recibidas, producían en él la aversión, el odio hacia la clase, y en particular al compañero que consideraba como el veto de su funesto estado. ¿Causa de este menoscabo, desagrado y aspereza quien fué? ¡La herradura! Ese ambiente moral, revestido de demencia por dejación en sus derechos vitales, y padecer mil privaciones por convenio, tratado o negociación incomprensible de su ciencia, revela una ignorancia llena de alucinaciones, que procrea la idiotez.

Estos tristes y desgraciados tiempos para la Veterinaria, fueron los causantes de que no fuera considerada como ciencia, y sí como un arte u oficio. Estas circunstancias de culpabilidad, no fueron únicas y exclusivas de los veterinarios, sino de la ignorancia del pueblo también, al ver solamente desnudez en una ciencia tan complicada como heterogénea que, al no ser comprendida, por ser muy extraña a las ciencias metafísicas que dominaban el ambiente de las colectividades,

quedó pasivamente en el olvido, como descuido de aquellos gobiernos privilegiados que constituían la oligarquía más absoluta. La Veterinaria pasó días de angustia al verse maltratada cual si fuera un gesto de rebeldía, por aquellos que desconocieron su importancia en pro del mejoramiento de la humanidad, de las ciencias experimentales y de producción. ¿Causa de tantos desprecios y postergación quien fué? ¡La herradura!

Llegamos a nuestros tiempos, y aunque alguna variación se nota por parte de nuestros gobiernos y nuestro público atávico, queda aun la reminiscencia, la inferioridad étnica que les legaron, y que, costará trabajo quitar, si nosotros no ponemos de nuestra parte todas nuestras energías para desterrar radicalmente equívocos y conceptos mal entendidos, que no aspiran a excluir, no siendo por medios defensivos, prácticos y de gran utilidad para sus intereses. El grado de ilustración y las necesidades sentidas por los pueblos, son lemas que los gobiernos y nosotros debemos de cultivar; por ser en sí el dogma de nuestra redención. Pueblos abandonados a su propia ignorancia, jamás llegan a comprender cuáles son sus derechos.

Nuestras inquietudes de hoy en reformar la Veterinaria deben ser verdaderos egoísmos llenos de sacrificio. El talento y la virtud deben ser los únicos definidores de nuestra jerarquía profesional y científica, porque son las dos únicas eternas superioridades de la especie humana. Esta ciencia en España es desconocida, no solamente del rudo campesino de chaqueta larga, sino por hombres que figuran en Academias y Ateneos y que, muchos de ellos, grandes publicistas, siguen mirándola como el residuo de la mentalidad social. La Veterinaria en España está por hacerse; es una carrera nueva que nunca ha existido, por que lo que hoy se practica, no tiene relación ninguna con su dilatado y amplio campo de acción; es una miniatura salpicada que manifiesta al público ignorante lo contrario de su misión. En la mayoría de los veterinarios la inteligencia está absorbida, arrebatada y embebecida con las herraduras; tienen un almacén de hierro en la cabeza, y no ven más que hierro por todas partes.

Esta situación tan poco halagüeña, se hace necesario ir despejándola de los enigmas farsantes que lastiman los sentimientos de los sabios y queridos maestros que nos dirigen por el camino de salvación. No echemos por tierra todas las conquistas de civilización y progreso que a costa de grandes sacrificios hemos adquirido, por nuestra conformidad absoluta en cumplir lo prometido. No desoigamos los consejos de los prohombres de nuestra querida clase. Debemos ser estudiosos para limpiar de suspicacias y celos la atmósfera social de nuestro país, si queremos que el espíritu colectivo no decaiga ni se indiscipline en contra nuestra. De esta forma llegaremos a dar el puntapié a la herradura que es el *puñal* que tiene la sociedad para maltratarnos y deslucir nuestra ciencia, y entonces diremos con voz alta: ¡estamos redimidos!—*Celso López Montero.*

Por fin, el martes 15 fué firmado por el Rey el Reglamento para prevenir la transmisión al hombre de las enfermedades epizooticas, y suponemos que muy en breve se publicará en la Gaceta y comenzará a regir. ¡Ya era hora de que el Ministerio de la Gobernación cumpliera con su deber!

Federaciones y Colegios

Insistiendo.—En el último número de *Vidalemán*, revista a la que su fundador y director da el nombre de «la comprimida» y que yo en otro sentido la doy el calificativo de «la revolucionaria», publiqué un artículo bajo el epígrafe de «Un voto de confianza» en el que con la sencillez y claridad que siempre tuve por norma, hacía algunas advertencias y ruegos que ahora repetiré en este semanario para que lleguen a conocimiento de los interesados: de todos los veterinarios de Castilla la Vieja y León y procuren ayudarme a realizar el plan que he concebido.

Dije en el artículo de referencia, y repito en este, que había sido honrado por el Consejo Directivo de la Federación Castellano-Leonesa con un *voto de confianza* para confeccionar el libro de la gran primera Asamblea, de tan potente agrupación y, por lo tanto, me determinaba a realizar dicha obra, aunque conocía y reconozco aún que ha de resultar pálida, dada la escasez de mis fuerzas.

Pero como yo no he de actuar en dicha obra más que como simple cronista, y, de acuerdo con cierto historiador, opino que los cronistas son los picapedreros que labran a regla y compás las piedras sillares para tener todo preparado a fin de que venga luego el arquitecto que ha de levantar con tan sólidos materiales el soberbio alcazar de la historia; por lo mismo, mi obra que será obra de todos, quiero que sea el prototipo de la verdad, para que en no lejano día, cuando venga ese soñado arquitecto, se encuentre con materiales labrados por el irrompible martillo de la verdad, y pueda construir rápidamente el glorioso alcázar de la historia de nuestra redención.

Repito como dije entonces, que hay muchos señores que no se inscribieron como asambleístas, otros se inscribieron y no abonaron la cuota de inscripción, y de unos y otros hubo que asistieron, no solamente a las sesiones, si que también al lunch y banquete.

Pues, amigos míos, yo, como fiel cronista, iré narrando la verdad; la verdad pura y escueta, y parodiando a nuestros comediógrafos diré que esa verdad, traerá a mi frente resplandores de áura, pondrá alas en mi corazón y me dirá, y yo a la vez os diré que no todo es farsa en la farsa, que hay algo divino en nuestra vida que es verdad y es eterno, y no puede acabar cuando la farsa acaba.

Esos compañeros a que aludo, forjaron la eterna farsa de la vida y asistieron con nosotros a ese torneo científico-profesional, blasonando quizá de entusiastas defensores de nuestros derechos, pero la farsa terminó y ahora en el libro que proyecto, vendrá la verdad que no acaba «que no puede acabar cuando la farsa acaba».

¿No será vergonzoso que algunos figuren en las fotografías y luego no figuren en la lista de asambleístas?

Ese bochorno quiero evitar y por lo mismo invito a los que así obrasen a que manden cuanto antes nombre y cuota de asambleísta al presidente del respectivo Colegio provincial que éste se encargará de dar cuenta de ello, y si lo hacen directamente a mí, ahorrarán tiempo.

Ruego muy encarecidamente a cuantos hicieron uso de la palabra en algún sentido, en la referida Asamblea, se dignen enviarme una nota resumiendo lo por ellos propuesto y discutido; pues repito pienso que el aludido libro sea reflejo fiel de todo lo que allí sucedió.

Ruego muy especialmente a los secretarios de sesiones que me indiquen cuándo y cómo actuaron, porque recuerdo que alguien no respondió a desempeñar su cometido en ninguna de las sesiones y hubo algunos que actuaron en varias. En fin, cuantos datos me proporcionen servirán para avalorar más y más el libro en preparación y para que la vilipendiada Veterinaria brille entre las ciencias médicas cual potente sol de ventura.

Agradeceré a los presidentes de los Colegios de la Región que en la primera decena del mes de mayo, me remitan una relación nominal y definitiva de asambleístas con indicación del pueblo de residencia.

Uno de los compañeros asambleístas que ya me ha enviado resumen de su actuación me dice: «Entiendo que el libro no debe repartirse gratis entre los deferados, exigiendo de éstos una cantidad que renumere en parte (o en todo) los gastos que su impresión origine».

La idea, que ya había pasado por mi mente, me parece de perlas y por lo tanto propongo a los asambleístas mediten la cuestión y procuren dar su opinión a los Consejeros de sus respectivas directivas para que éstos manifiesten en una próxima reunión del Consejo que se celebrará para deliberar ésta y otras cuestiones.

Yo me atrevo a fijar como cantidad una peseta y si hubiese compañeros de otras provincias que desearan adquirir la obra, puesto que por los trabajos que en él figuren resultará de gran interés y no poca utilidad, para éstos y para los que no figuren como asambleístas y sean de las provincias federadas, podría señalarse el precio de tres pesetas.

Por hoy no digo más, que a meditar el asunto y a procurar la fórmula de su más satisfactoria solución.—*Nicéforo Velesco*.

Los titulares

Barbarie e intrusismo.—En mayo de 1913 tomé posesión en Hervás (Cáceres) del cargo de Inspector de carnes. Llegada la época de matanza del ganado de cerda y por iniciativa mía, se implantó el reconocimiento microscópico de las carnes de cerdo, pero sólo los de la venta pública por parecer a las autoridades una violencia el obligar a todo el vecindario a cumplir con la ley. En aquel año se inutilizaron por triquinosos dos cerdos, y el dueño de uno de ellos fué mi primer enemigo.

Vino la temporada de 1914, y a instancias mías también, la autoridad hizo obligatorio el reconocimiento de todos los cerdos que se sacrificaran, ya fuera para el consumo público ya para el particular. Y aquí fué Troya. Al decomisar e inutilizarse los primeros cerdos, el pueblo ignorante, protestaba unánime del servicio y de mi honrado proceder, pretendiendo con sus amenazas infundirme terror para que desistiera de realizarlo. Llegó a tal punto la criminal brutalidad del populacho que una ocasión tuve necesidad de defenderme revólver en mano de las injurias y amenazas que contra el alcalde y contra mí se lanzaban; tuve también necesidad de repartir profusamente una hoja divulgadora y de defensa.

Por entonces, y con gran alteza de miras, tuvo la feliz iniciativa el entonces alcalde D. Ramón Herrero, de crear una Sociedad de seguro mutuo para el ganado de cerda que se sacrificara; y esto, unido a una activa propaganda (que yo agradezco a todos) hecha en mi favor y en

bien del servicio que venía prestándose por personas cultas y de buena voluntad, se logró calmar al excitado vecindario aunque solo fuera aparentemente, como lo demuestra lo ocurrido en la última temporada en que se ha desbordado el salvajismo latente, amparado por un insensato caciquismo, tratando de sitiarme por hambre, ya que por otros medios no han logrado vencer mi voluntad.

Inmediatamente de empezada la matanza aparecieron dos casos de triquinosis, uno de ellos de difícil diagnóstico por la escasez de larvas que se observaba. Con este motivo dirigí un oficio al señor alcalde para que reuniera la Junta de Sanidad y celebrara sesión para tratar de este asunto. Al día siguiente se reunió dicha Junta y ante ella expuse las dificultades con que realizaba el servicio y lo fácil que era en estas condiciones pasar inadvertido algún caso de triquinosis con sus fatales consecuencias para la salud pública; proponiéndoles se acordara solicitar del Ayuntamiento la construcción de un matadero de cerdos con su correspondiente gabinete micrográfico; nadie apoyó mi proposición.

Expuse después el desagrado con que la mayor parte del vecindario miraba este servicio y propuse que se hiciera campaña para hacer comprender su error a los vecinos. Tampoco hallaron eco mis requerimientos.

Con objeto de cortar o disminuir el desarrollo de la triquinosis en el ganado de cerda de la localidad, cuya infestación alcanza al uno y décimas por ciento, aconsejé se tomaran además de las medidas ordinarias en estos casos, otras más radicales, procurando llegar a la prohibición absoluta de dicho ganado en el casco de la población, empezando por conceder permiso y solar para la construcción de porquerizas fuera de la población en terrenos del Municipio, a quienes voluntariamente lo solicitaran y terminando por prohibir el tener cerdos dentro de la población. Esto se consideró aún más descabellado que cuanto hasta aquí había propuesto.

Entregado desde esta sesión a mis propias fuerzas, hube de continuar la ruda tarea de vigilar y defender la salud pública soportando las iras y antipatías del vecindario. Y, surgió lo que yo, en honor al pueblo, hubiera querido evitar: la protesta brutal y salvaje de la barbarie contra la civilización, protesta que empezó lanzándose a la calle el dueño de uno de los cerdos decomisados, Plácido Sánchez (a) «el Cubano», quien con ruegos y amenazas hizo firmar a muchos para pedir mi destitución por estar perjudicando sus sagrados intereses.

Amenazado de esta forma y sin esperanzas de ser auxiliado por los que ya me habían negado su concurso, acudí por telégrafo a las autoridades superiores, al Gobernador, al Ministro del ramo, a la Junta de Gobierno y Patronato y al Colegio y todos respondieron con una diligencia que nunca agradeceré bastante, en defensa mía.

Desde este momento la protesta varió de rumbo. Ya no se pedía mi destitución; solo se requería el apoyo de la autoridad para llevar otro veterinario, pretextando no estar conformes con mis servicios profesionales. Encontraron los protestantes apoyo en el intrusismo y hoy se pretende dar forma legal a éste, valiéndose del título de un desgraciado compañero, que faltó de pan y de hogar, inútil quizás por una larga vida de trabajo y sacrificio, desmoralizado, en suma, se vé en la necesidad, ¡para no morir de hambre! de poner su título a disposición

del que fué mi oficial, del que es hijo del difunto veterinario D. Eufasio Herrero, cuyo memoria va a ser ultrajada por su propio hijo, en lo que tal vez aquél tuviera por más sagrado: su profesión.

Por mi parte, en vista de que el Ayuntamiento no ha accedido a las reiteradas instancias que le dirigí solicitando la creación del matadero de cerdos, conforme a lo dispuesto en varias Reales órdenes sobre la materia, he presentado la dimisión del cargo de Inspector de substancias alimenticias, pues mi conciencia no me permite ser cómplice de la muerte de ninguna persona, ni aun siquiera de aquellos bárbaros que me injuriaron y persiguieron porque quise defender sus vidas, pues quizá no son ellos los culpables de su cerril ignorancia.

Y permítanme todos los compañeros de España, para terminar, que les ruegue, en nombre de nuestra amada profesión, que arrostrén siempre cuantos obstáculos se les presenten al cumplimiento honrado de su deber y que hagan siempre valer sus derechos, único medio de dignificar la Clase y de colocarla en el puesto social que de derecho la corresponde. ¿Qué es necesario luchar contra la ignorancia e incultura de los pueblos? Eso es noble. ¿Qué hay que combatir esa roña parasitaria nacional que se llama caciquismo? Eso es patriótico.—*Heliodoro Hernández.*

Vacantes.—Titular de Villanueva de la Serena (Badajoz) con 1.000 pesetas anuales. Solicitudes hasta el día 4 de junio. Titular de Buenaventura (Toledo) con 90 pesetas anuales. Solicitudes hasta el 31 de mayo. Titular de Polán (Toledo) con 180 pesetas anuales. Solicitudes hasta el 25 de mayo.

Aunque terminados ya los plazos de convocatoria siguen sin cubrir, en la provincia de Toledo, los cargos de inspectores de Higiene y Sanidad pecuarias de Almendral, para cobrar por tarifa; Cabeja, 200 pesetas anuales por las dos inspecciones; Meregar, 240 pesetas por lo mismo, y Lillo, Yunchillos y Val de Santo Domingo para cobrar por tarifa.


Titular de Campaspero (Valladolid) con 90 pesetas de sueldo. Solicitudes hasta el 20 de junio. Titular de Jarandilla (Cáceres) con 250 pesetas anuales y 365 de la inspección municipal de Higiene y Sanidad pecuarias. No hay ningún veterinario. Hay 200 caballerías mayores y 100 caballerías menores. Solicitudes hasta el 20 de junio.

Legislación

Ministerio de la Guerra.—RECOMPENSAS.—R. O. 7 mayo 1917 (D. O. núm. 104). En vista de la obra titulada «Reorganización del Cuerpo de Veterinaria Militar», escrita por el veterinario tercero de la reserva gratuita del referido Cuerpo D. José Rueda Vilanova, y que con instancia del mismo, en súplica de recompensa, cursó V. E. a este Ministerio en 8 de junio último, el Rey (q. D. g.), por resolución de 2 del actual, ha tenido a bien conceder al citado oficial, en premio al mérito contraído, la cruz de primera clase del Mérito Militar con distintivo blanco, como comprendido en el art. 19 del reglamento de recompensas en tiempo de paz.

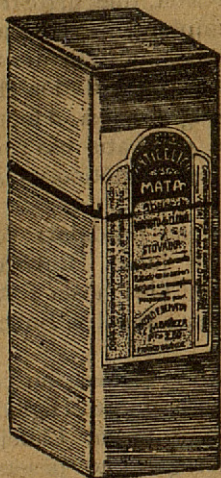
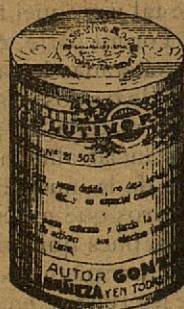
Ministerio de la Gobernación.—La *Gaceta* del día 17 de este mes publica el Reglamento para prevenir la transmisión al hombre de las enfermedades epizooticas.

Tres remedios para Veterinaria insustituibles

 **Resolutivo**

Rojo Mata

Rey de los Resolutivos
y Revulsivos



Anticólico F. Mata 

A BASE DE CLORAL Y STOVAINA

Rápido en su acción

Seguro en su empleo

Económico cual ninguno

Frasco, 1'50 pesetas

= Y =

Cicatrizante Velox

A BASE DE CRESYL

Hemostático, Cicatrizante

y Antiséptico poderoso

SE USA CON PINCEL

FRASCO 2 PESETAS

Todos registrados.—Exíjanse envases
y etiquetas originales registradas.—Mues-
tras gratis a disposición de Sres. Veterina-
rios dirigiéndose al autor,

GONZALO F. MATA
La Baneza (León)

Venta: Farmacias, Droguerías y Centros
de Especialidades

